

Una memoria (im)posible de la visita realizada en la parte alta de Palma con motivo del Congreso Internacional de Turismo cultural

JOSÉ MORATA SOCIAS

*Doctor en Filosofía y Letras
Universitat de les Illes Balears*

Resumen

Hacerse cargo de la dirección de la visita de un grupo por un centro urbano plantea siempre algunas dificultades, aunque todavía es más complicado resumir el resultado de esta experiencia: cómo traducir en palabras las reflexiones, sensaciones e intenciones que derivan de un recorrido colectivo con perfiles muy diversos. En la absoluta imposibilidad de describir las variadas vivencias del grupo de paseantes, ni siquiera las mías, me limitaré a exponer algunas reflexiones realizadas con antelación y con posterioridad a la visita.

Palabras clave: recorrido por Palma, reflexionar sobre el turismo cultural, Palma, Mallorca

Abstract

Take over the direction of a group on visit around an urban centre always presents some difficulties, although it is still more complicated to summarize the result of this experience: how to translate into words the thoughts, feelings and intentions derived from a collective tour with different profiles. In the absolute impossibility of describing the varied experiences of the group, even mine, I will simplify by offering some reflections made before and after the visit.

Keywords: Palma tour, reflecting on cultural tourism, Palma, Majorca

Antes...

Muchas son las disciplinas que se pueden ocupar del urbanismo: Braunfels (*Urbanismo occidental*, 1986), señaló diez y alguna se le escapó al estudioso alemán. Una gran parte de estas materias cobran su sentido mediante la utilización de procedimientos científicos. La identificación de los elementos elegidos para el estudio y su clasificación permite extraer conclusiones plausibles en muchas áreas de interés. Así, si nos acercamos a la ciudad como algo primordialmente físico —como forma que refleja la distancia entre los objetos y los volúmenes y permite la constatación de sus características— nos movemos en el ámbito que sustenta la planificación y el proyecto. Si nuestro interés se centra en sus habitantes, otros procedimientos científicos

propician extraer de los estudios estadísticos unas conclusiones sociológicas de gran utilidad, porque de la interpretación estos datos derivan los diagnósticos económico-sociales que deberían fundamentar las diversas opciones de actuación política. Sin despreciar estos y otros muchos acercamientos disciplinares, entiendo que restan limitados por sus propios objetivos. Porque, en el otro extremo, podemos entender el espacio urbano como algo vital, pragmático, significativo y público, que nos remite al lugar en el que se desarrollan las actividades de la vida cotidiana. Este tipo de aproximación ha producido reflexiones genéricas de tipo filosófico —como las elaboradas por Heidegger, Bachelard o Merleau-Ponty— que se escapan de la cuantificación de los datos porque la responsabilidad de la interpretación se traspassa del objeto al sujeto.

¿Cómo abordar, desde el individuo, la ciudad que es una forma sometida a un proceso evolutivo continuo? Tal vez, considerando primero lo que afirmó Simmel refiriéndose a las estructuras de la ciudad de Roma:

«Un sinfín de generaciones las ha creado y construido, bien al mismo tiempo, bien unas tras otras, todas ellas sin preocuparse, a menudo sin entender lo que tenían delante, entregadas exclusivamente a las necesidades del día y los gustos y caprichos de la época; sólo el azar decidía qué formas surgirían finalmente de lo anterior y lo posterior, de lo que se descomponía y de lo que se conservaba, de lo que era armónico con los otros elementos y de lo que era disonante. Y como el conjunto ha adquirido a pesar de todo una incomprensible unidad, como si una voluntad consciente hubiera combinado los elementos para que fueran bellos, resulta que el poder de su atractivo surge de la gran distancia —aunque a la vez reconciliada— entre lo azaroso de los elementos y el sentido estético del conjunto» (Georg Simmel, Roma, 1898).

También en nuestro recorrido nos encontraremos con una ciudad, Palma, que es —como todas— el resultado de un proceso que implica: permanencias, destrucciones e innovaciones. A lo largo de su historia se dieron actuaciones cualitativamente importantes, pero también detestables cuando no anodinas. Si a ello añadimos las infinitas vivencias existenciales de sus habitantes deberemos convenir que los fragmentarios elementos que la conforman, heterogéneos en el tiempo y en la calidad, solo pueden ser interpretados por la subjetividad del individuo.

Pocas veces somos conscientes de los lugares que desconocemos de nuestra propia ciudad. Nuestros recorridos a través de sus calles y plazas son asombrosamente reducidos y repetitivos. El resto sólo lo conocemos por ósmosis a través de las experiencias del *otro*, ya sea a través de la prensa o por los diluidos e indirectos mensajes de sus habitantes, pero no por nuestra propia experiencia. Y ¿Qué decir de los monumentos? Son mostrados con orgullo al forastero porque asumen siempre el valor de emblemas representativos de la ciudad. Pero sus mismas cualidades simbólicas y conceptuales los alejan de la vida cotidiana y en consecuencia sólo excepcionalmente suelen visitados por los ciudadanos autóctonos.

Pero volvamos al motivo que justifica estas notas: la visita. ¡Qué peculiar formato! Para el que la planea es un proyecto de inmediato futuro a realizar compartido con otros y sujeto a unas coordenadas espacio temporales determinadas: 20 de febrero de 2015... El recorrido y su presentación tienen unas características diferentes a las que presenta un discurso textual. Los libros de viajes que describen una ciudad poseen una estructura lineal, pues relatan una experiencia subjetiva única e inventiva —ya finalizada— sujeta a referencias concretas; pero su adaptación a las características del texto literario no implica que su ori-

gen no sea consecuencia de una ordenación selectiva de vivencias aisladas realizada por el autor. La guía, sin embargo, nos presenta un espacio troceado y se somete a un tipo de lectura –más bien de consulta– fragmentado aunque tiene la voluntad de ser utópicamente reproducible por el viajero. En los dos casos, innumerables distracciones se presentan al paseante que lo separan de la disciplina de la lectura porque es interrumpida por la contemplación del entorno físico.

Además, la vida misma suele interponerse a una visita planificada de forma rigurosa: los mercados, las tiendas, las escenas y sus personajes...; también los olores, la temperatura y así hasta llegar al ánimo o las condiciones físicas del que la realiza. Por lo tanto, me temo que el guión y la palabra desaparecerán cuando el recorrido pase a ser interrumpido por los señuelos procedentes de la calle. Mi obligado e intermitente relato estará condenado a ser sólo una tenue aproximación porque, a contrapelo de su innegable y rotunda presencia material, la ciudad tiene algo de etéreo, inabarcable y difuso. «Nadie sabe mejor que tú –decía un imaginario Marco Polo al sabio Kublai– que no se debe confundir nunca la ciudad con el discurso que la describe» (Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, 1972).

A estas alturas de mi desordenada preparación de la visita por la parte alta de Palma me doy cuenta que solo puedo salir del dilema apostando por algo aparentemente tan poco riguroso como callejear con un recorrido abierto, expectante a lo que la propia ciudad nos ofrezca. En definitiva, proponer una visita basada en la actividad característica del *flâneur*. Como es sabido, Baudelaire se encargó de resaltar las múltiples facetas de esta personificación emblemática de la experiencia urbana que encarna la figura del artista-poeta de la metrópolis moderna;

«el flâneur, tiene un caleidoscopio dotado de conciencia que, en cada uno de sus giros, reproduce la vida múltiple y la gracia movediza de todos los elementos de la vida» (Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, 1863).

No es por tanto un vagabundeo aburrido porque tiene como objetivo apropiarse inseparablemente de lo urbano y lo humano.

El paseo así entendido es libre, imprevisible y puede tener un itinerario aparentemente errático porque se mueve entre el hallazgo y la reflexión a impulsos de la vida urbana; nunca es infructuoso pues se convierte en una práctica que provoca nuevas interpretaciones y lecturas. Sabemos que Benjamin fue un paseante incansable que utilizó las “iluminaciones” fortuitas de sus constantes periplos urbanos como inspiradoras de muchas de sus ideas para su proyectado libro sobre París en el siglo XIX. Siempre he pensado que era consciente de que la verdadera entidad de la realidad urbana estaba más entre los millares de notas, fichas bibliográficas y conceptuales, que en la posible teorización del contenido de las mismas (Walter Benjamin, *El libro de los Pasajes*, v/f) .

Reconfortado con las ideas mencionadas y una vez decidido el sentido del recorrido me propongo respetar la impresión que cada uno de los visitantes pueda extraer de un paseo limitado por razones de tiempo. Mi labor consistirá en indicar –en sentido literal: con mi dedo índice– todo aquello que me llame la atención, casi sin acotaciones verbales, y estar abierto a las sugerencias puntuales de mis compañeros. Es cierto que era difícil conciliar la postura adoptada con una visita prevista para más de cien personas, pero me propuse conciliar la característica individual del *flâneur* con su obligación de sumergirse en la multitud –aunque, en este caso, fuera obligada y no elegida.

Después...

Debo manifestar que carezco de las cualidades para relatar el recorrido realizado en una soleada mañana de invierno. Pero el reconocimiento de mi torpeza narrativa no me exime de hacer algunas consideraciones sobre la transcendencia que tuvo a nivel personal. Sin embargo, no puedo reflejar las múltiples experiencias vividas por cada uno de mis compañeros ¿Cómo escoger entre las múltiples intenciones, miradas y sensaciones del paseante? ¿Cómo intuir que tipo de relaciones estableció durante el recorrido? Es superfluo señalar que no puedo ni suponer algo tan íntimo e individual que se engarza también con sus propias ideas y cultura. Recordemos que, entre todas las facultades del intelecto, el establecimiento de relaciones es un acto personal que encarna la independencia y la originalidad del individuo. Además, no es menor la oportunidad que el paseo propicia para el establecimiento casual de nuevos contactos personales. El recorrido impone el contacto entre los miembros del congreso y surge la conversación o el intercambio puntual de ideas e impresiones. En este caso el contexto urbano se diluye asumiendo la humilde función de actuar como un decorado difuminado.

Pero a veces, el grupo se encuentra con lo accidental e irrepetible: el hallazgo imposible de prever. Porque la ciudad nos presentó de un modo casual un motivo de reflexión sobre una actuación urbana y la vida que se desarrollaba en su entorno que, además, entroncaba directamente con la temática del Congreso: el turismo. Durante nuestro recorrido constatamos varios ejemplos de hoteles urbanos. Aunque siempre han existido en Palma, desde hace algunos años se constata un aumento notable en el número de los mismos. Pues bien, enfrentada a uno de estos hoteles de categoría superior vimos una cola de menesterosos que esperaban el reparto cotidiano de comida gratuita servida por una asociación particular benéfica. Este episodio imprevisible no supuso una discusión —salvo el intercambio de algunas frases y gestos con el grupo más cercano— pero, con posterioridad, me ha procurado unas reflexiones que paso a exponer.

La mencionada institución hotelera —que ocupa toda una manzana— es una finca de pisos de raigambre decimonónica cuya apariencia exterior se ha conservado y restaurado íntegramente. Desde este punto de vista supone una actuación puntual que contribuye a rehabilitar una zona urbana en una encrucijada particularmente inconexa y fracturada desde hace siglos, porque constituye una charnela entre unas calles con edificios aristocráticos y otras degradadas de raigambre artesanal. Voy a pasar por encima el que la conservación de fachadas, modificando el interior y su función, es una incoherencia arquitectónica motivada por unas ordenanzas especialmente retardatarias. En definitiva, el llamado “fachadismo” es significativo de las prevenciones, que suele suscitar la construcción en los centros históricos, provocadas por la desconfianza en la capacidad de elaborar nuevos proyectos que se inserten de forma equilibrada en el contexto urbano antiguo. Porque me preocupa más el cambio de uso —de un edificio de viviendas se pasa a un equipamiento— ya que cuando se repite implica unos cambios en la estructura y las características poblacionales de un determinado barrio.

Cuando la implantación de hoteles urbanos en todo el centro histórico es masiva no sólo se produce el desplazamiento vecinal mencionado, pues trae consigo una serie de modificaciones radicales de todo su entorno que se han constatado en las grandes ciudades turísticas: París, Roma, Venecia, etc. Me declaro absolutamente incompetente para calibrar los beneficios económicos inmediatos que se desprenden de este proceso, aunque intuyo que deben ser notables. Pero tengo claro que estas ciudades han cambiado drásticamente cuando la entidad y el número de actuaciones unidireccionales al servicio del turismo son tan numerosas que se convierten en un fenómeno difícilmente digerible. Todavía más cuando el mencionado proceso parece acelerarse en proyección geométrica. Los mencionados hoteles urbanos llevan consigo frecuentemente la desaparición paulatina de todo tipo de comercios que no se refieran directamente a la actividad turística e, incluso, algunos que

aparentemente pudieran tener relación con ella. Hasta el punto que estas grandes ciudades han visto desaparecer tascas, bares y *bistrots*, sustituidos por otros similares completamente desnaturalizados —aunque pretendan ofrecer una cocina tradicional, internacional o *fast food*. Por no mencionar la desaparición de otros tipos de negocios que se han visto sustituidos por franquicias que ofrecen los mismos productos que se venden en cualquier ciudad del mundo. La culminación del desacierto son las tiendas de *souvenirs* con sus productos ridículos, más que detestables, fabricados mayoritariamente en factorías orientales. Por no hablar de la ocupación del espacio público por todo tipo de músicos, mercachifles e innumerables terrazas que llegan a desvirtuarlo definitivamente.

Pero además existe un fenómeno masivo que también contribuye a esta bárbara “cosificación” de la ciudad: los alquileres turísticos. En principio se trata de un servicio que puede tener todo tipo de ventajas para el propietario y el huésped, pero su implantación masiva, frecuentemente en manos de compañías multinacionales, produce unos daños colaterales que se suman a los ya indicados. Es muy frecuente que edificios y calles completos hayan visto desaparecer a la mayoría de sus antiguos vecinos sustituidos por turistas o residentes extranjeros modificando de forma radical el tejido social autóctono. Estos alquileres se concentran en áreas especialmente consideradas como típicas que, por este mero hecho, dejan de serlo. La gran rentabilidad del negocio y el aumento desmesurado de precios —tanto de compra como de alquiler— obliga al desplazamiento de los habitantes a zonas del extrarradio. En definitiva este tipismo internacionalizado refuerza la conversión de la ciudad en un “parque temático” que oculta y, en muchos casos, destruye el verdadero carácter de estas ciudades.

¿Se libra de ello el llamado turismo cultural? La respuesta es negativa porque forma parte inseparable del proceso señalado. La programación reglada de visitas impone unos recorridos que sólo por este carácter se convierten en tumultuarios. Los museos más famosos sufren la congestión más disparatada hasta el punto de convertirse en detestables muestras de formalizada tortura para aquellos que, sin desearlo, se someten a visitarlos obligados por una pretendida obligación cultural. En definitiva, las mencionadas ciudades se convierten en auténticos “parques temáticos” cada vez más despersonalizados. Incluso debemos desconfiar de las guías que se presentan con calificativos como: inédita, secreta, etc., ya que, por el mero hecho de existir, contradicen su objetivo. O las recomendaciones procuradas por Internet, porque forman parte del sistema mencionado. Es cierto que todavía —no sabemos hasta cuando— existen lugares que se escapan a este terremoto unificador; pero cada vez son más escasos. El hallazgo de calles, restaurantes o museos no “contaminados”, objetivo del viajero mínimamente consciente, se guarda absolutamente en secreto; además, si se permite una broma, aparte de por su carácter intrínseco, se distinguen, en el caso de las ciudades mencionadas, por la ausencia de turistas y porque el personal no se dirige al cliente en inglés.

Sin embargo, para el observador avisado son también perceptibles las múltiples fracturas físicas y sociales que resaltan la impostura de todo este fenómeno. Por ello, la dramática escena de los indigentes haciendo cola para comer en el dispensario palmesano al costado de una impecable instalación hotelera y otras muchas observables en todas las ciudades mencionadas se convierten, en mi opinión, en síntomas de la enfermedad de un sistema implacable que entroniza una falsa felicidad turística.

Pero el recorrido, continuaba...

Ya he mencionado que dentro del elástico guión de recorrido general, no existía la intención de dirigir la visita con un propósito fijo y determinado. Y comprobé que las preguntas y los deseos expresados por algunos de mis compañeros reflejaban unos intereses variados, desligados e incluso antagonistas que ponían de manifiesto que era la subjetividad del individuo —basada en las sensaciones e impresiones, pero también en ideas y cultura— la que propiciaba establecer una relación con los hechos y formas percibidos.

Respetuoso con las conclusiones que cada uno pudo extraer de un recorrido limitado, subrayo la variedad de estímulos que atrajeron puntualmente la atención de algunos de los visitantes marcados por pausas en la marcha. Destacó a veces la atención centrada en los rastros de espacios vividos de las casas arruinadas cubiertas de *graffitis* y con las heridas del abandono reflejadas en las texturas de los muros. Pero también en los emocionantes testimonios de *Street Art* como la que rinde homenaje al afecto de una pareja de ancianos. Todos ellos se convierten en sugerentes testimonios congelados de la vida. Dejo de lado lo que podemos calificar la visita como una experiencia estética, pero lo debió ser para algunos si atendemos a sus expresiones cuando –al desembocar de una de las oscuras calles que llevan a la muralla de bastiones– quedaron deslumbrados por el azul del cielo y del mar.

Y así, hasta el infinito, desde un extremo al otro, oscilando entre lo físico y la experiencia...

Volvamos a recordar que, entre todos los atributos intelectuales, la posibilidad de establecer una relación entre lo que se observa y se conoce solo la puede establecer cada uno de los visitantes y constituye además un acto de su independencia. Fruto de ella también fue que el grupo fuera desgranándose y perdiendo componentes hasta reducirse notablemente. El impulso primigenio había dado sus frutos y muchos decidieron dispersarse por la ciudad sin un objetivo claro, pero con libertad. Así se convirtieron en auténticos *flâneurs*.